

pidió para sí el derecho de disponer de la fuerza armada, cosa que Bonaparte negó.

**Golpe de Estado de 2 diciembre de 1851.** —

Los dos poderes hostiles se encontraban uno respecto de otro en la más falsa de las situaciones, y todo el mundo se preguntaba con inquietud cuál sería el resultado de aquella especie de dualismo creado por la constitución, cuando el 2 de diciembre por la mañana aparecieron cubiertas las esquinas de París por una proclama en que el presidente de la república decretaba: la disolución de la asamblea, el arresto de los jefes de partido y de sociedades secretas, el estado de sitio de la primera división militar, el restablecimiento del sufragio universal y la convocatoria del pueblo en sus comicios para declarar sus ideas sobre una nueva constitución.

Este código político era poco más ó menos el del año VIII. Colocaba al frente del estado un jefe responsable nombrado por diez años, con ministros dependientes de él; creaba dos cámaras, el cuerpo legislativo nombrado por sufragio universal, y el senado, cuyos miembros debían ser designados por el jefe del Estado entre las personas más notables de la nación; organizaba, además, un consejo de Estado, al cual incumbía la tarea de preparar las leyes y la de sostener la discusión ante el cuerpo legislativo.

El sufragio universal aceptó esa constitución, en las elecciones de 20 y 21 de aquel año por 7 millones y medio de votos.

**CAPÍTULO II.**

**CONSTITUCIÓN DE 1852. — REINADO DE NAPOLEÓN III.**

El golpe de Estado de 2 diciembre debía conducir al imperio. La constitución de 1852 modificó en este sentido la del año anterior, y el presidente fué proclamado emperador con el nombre de Napoleón III. Éste se alió con Inglaterra contra Rusia para

impedir que el czar invadiese la Turquía y se apoderara de Constantinopla. De dicha alianza salió la guerra de Crimea, guerra que tuvo como desenlace el congreso de París, que colocó á Francia en puesto preeminente entre todas las naciones de Europa, arrebatando además á Rusia los beneficios que le habían valido sus diversos tratados desde hacía medio siglo. Francia no empleó la preponderancia tan gloriosamente adquirida más que en interés de los pueblos. En efecto, introdujo en el derecho internacional nuevos principios sobre las relaciones marítimas, los cuales constituyeron un gran progreso para la civilización. Hizo que prevaleciera en las márgenes del Danubio el deseo de unión que tenían la Moldavia y la Valaquia y cuando Turquía, olvidando los servicios que aquella nación le prestara años antes, se hizo cómplice de la matanza de cristianos en Siria, Francia tomó una vez más en nombre de Europa la defensa de la civilización contra la barbarie.

§ I. — *Constitución de 1852. — Restablecimiento del imperio.*

**Restablecimiento del imperio.** — Después del golpe de Estado de 2 de diciembre de 1851 y de la disolución de la asamblea legislativa, el príncipe Luis Napoleón se halló investido de poder dictatorial absoluto, que empleó para sentar las bases de un nuevo código político, análogo á los del consulado y del imperio. Apoyándose en el sufragio universal, que acababa de conferirle la presidencia por diez años, declaró que todo francés era elector y elegible, sin más condición necesaria que la de probar que tenía su título de ciudadanía. Después dividió á Francia en circunscripciones de 35.000 electores, con la cual limitó á 261 diputados el número de miembros del cuerpo legislativo. Declaró que la diputación era incompatible con todo puesto retribuido, y reservó al gobierno la dirección de las elecciones, mediante la costumbre que introdujo de indicar quiénes eran las personas que el poder deseaba ver triunfar.

La libertad de la prensa había sido una de las grandes dificultades de los gobiernos precedentes; el presidente la limitó poniendo bajo la vigilancia de la ad-

ministración las publicaciones periódicas. En adelante no pudo volver á publicarse ningún periódico sin haber obtenido previa autorización del gobierno; los periódicos podían recibir advertencias, y después de dos de éstas, ser suspendidos ó suprimidos por el jefe del Estado, cuya decisión en este punto era inapelable.

Al subir Luis Felipe al trono, hizo donativo de sus bienes á sus hijos; el príncipe Luis Napoleón consideró este acto como ilegal, y en 23 de enero dictó un decreto ordenando que aquellos bienes fueran vendidos. El producto se consagró á diversas instituciones caritativas, repartiéndolo entre las sociedades de socorros mutuos y los establecimientos de crédito territorial; también se creó una caja de retiro para los párrocos pobres, y el resto se consagró á mejorar los alojamientos insalubres de los obreros.

Las elecciones para el cuerpo legislativo se efectuaron el 29 de febrero, siendo nombrados casi todos los candidatos que recomendaba el gobierno. El senado, que debía estar compuesto todo lo más de 150 miembros vitalicios é inmovibles, nombrados por el jefe del Estado, quedó constituido al mismo tiempo. La nación vió con gusto que el príncipe presidente había llamado á formar parte de aquella gran asamblea todas las ilustraciones del país, sin preocuparse mucho de las ideas políticas que antes profesaran.

El consejo de Estado desempeñaba importante papel en la nueva organización del Estado. Este cuerpo era el que debía presentar los proyectos de ley al cuerpo legislativo, y, por consiguiente, el que tenía que formarlos antes de someterlos al voto de la asamblea. Con arreglo á la constitución, debía componerse de cuarenta á cincuenta consejeros, de veinte relatores y veinte oidores, todos inamovibles. Lo elevado de las funciones del consejo de Estado hacía muy importante la designación de sus miembros; el jefe del Estado, que se lo había reservado, cuidó de rodearse de hombres capaces y afectos á su persona, que supieran

ayudarle á desempeñar la grave misión que acababa de serle impuesta.

Al inaugurar en las Tullerías el 29 de marzo la primera legislatura del cuerpo legislativo, el príncipe hizo entrega del poder dictatorial que se le había confiado. Todo el mundo comprendía que el título de presidente por cien años no era más que una transición. Al centralizar el poder en manos del jefe del Estado, al darle la iniciativa de las leyes, el mando de los ejércitos de mar y tierra, y el derecho de paz y de guerra, sin depender de ningún poder que no fuese el pueblo; al entregarle la administración, eximiendo á sus ministros de responsabilidad para atribuírsela á él toda entera, la nueva constitución llevaba fatalmente al imperio, y exigía la herencia como coronamiento del edificio. Nadie desconocía esto, y el gobierno estaba enterado de que las elecciones de 10 de diciembre de 1848 y el voto de 20 de diciembre de 1851 eran interpretados en este sentido.

El ejército vió con entusiasmo el restablecimiento del águila imperial. Al ir el presidente á inaugurar el camino de hierro de Estrasburgo, las provincias del este lo acogieron al grito de *¡Viva Napoleón!* En el centro y en el mediodía en Bourges, Moulins, Saint-Etienne y Lyon, la multitud gritaba *¡Viva el emperador!* Al llegar á Burdeos, Bonaparte respondió á los temores que causaba la restauración posible del Imperio, declarando que Francia no necesitaba realizar ninguna conquista, y entonces fué cuando pronunció la célebre frase: *¡El imperio es la paz!*

Queriendo tranquilizar los ánimos, envió á sus casas á parte de los soldados y volvió á Paris (16 octubre), en medio las aclamaciones del ejército, de la magistratura, del clero y de las clases obreras.

**Nueva constitución imperial.** — El Senado, que estaba encargado de velar por el mantenimiento de la constitución, fué convocado por el príncipe presidente el 14 de noviembre de 1852 para enterarse de

un mensaje en que aquél expresaba los deseos del pueblo. « En el restablecimiento del Imperio, decía, encuentra el pueblo una garantía para sus intereses y una satisfacción para su legítimo orgullo. Este restablecimiento garantiza sus intereses tranquilizándolo por lo que toca al porvenir, cerrando la era de las revoluciones, y consagrando una vez las conquistas del 89. Satisface su legítimo orgullo porque al restaurar con libertad y reflexión lo que hace treinta y siete años derribara Europa por la fuerza de las armas, en medio de los desastres de la patria, el pueblo venga noblemente sus reveses sin causar víctimas, sin amenazar ninguna independencia, sin turbar en nada la paz del mundo. »

Tres días después (7 nov. 1852), la cámara alta presentó á la aceptación del pueblo un senado consulto en virtud del cual se confiaba á Luis Napoleón la dignidad imperial, con el nombre de Napoleón III. Esta dignidad debía ser hereditaria de varón en varón en la línea de sus descendientes. Á falta de heredero directo, el emperador debía determinar por sí mismo el orden de sucesión, designando la persona de su familia que debía heredarle.

El pueblo fué convocado á votar acerca de este senado consulto en los días 21 y 22 de noviembre. Los sufragios favorables se elevaron á 8.157.752. En la velada del 1.º de diciembre se presentaron en Saint-Cloud, donde residía Luis Napoleón, el senado, el cuerpo legislativo y el consejo de Estado para comunicarle aquel magnífico resultado, que tan claramente manifestaba la voluntad del pueblo. Al día siguiente entró en París el nuevo soberano, en medio de las aclamaciones populares, y unos cuantos días más tarde se proclamaba en las provincias el nuevo régimen.

La lista civil del emperador quedó fijada en 25 millones. Las dotaciones de los príncipes y de los grandes cuerpos del Estado en doce.

Los demás artículos de la constitución fueron con-

firmados. El senado no modificó más que los detalles indispensables, dada la nueva dignidad de que se encontraba investido el jefe del Estado. El emperador pudo en adelante autorizar por simple decreto las obras de utilidad pública; abrir créditos suplementarios para atender á los gastos urgentes y extraordinarios: dar fuerza de ley á los aranceles estipulados en los tratados de comercio que firmase; modificar según lo tuviese por conveniente las relaciones de los grandes cuerpos del Estado con el poder ejecutivo; y extender ó limitar las libertades políticas según lo exigieran las circunstancias.

Europa reconoció sin dificultad al nuevo emperador. La primera adhesión que llegó á las Tullerías fué la del rey de Nápoles (3 de diciembre); después se pronunció Inglaterra (6 diciembre), y sucesivamente, pero en muy corto espacio de tiempo, llegaron las de Bélgica, Piamonte, España, Holanda, Dinamarca, Suecia, la Sante Sede, Portugal y Turquía. Una sola cosa motivó explicaciones de las potencias, fué el título de Napoleón III. Como el duque de Reichstadt, Napoleón II, no había sido reconocido por Europa, se vió con extrañeza que el nuevo emperador se considerase como el tercero de su nombre. Drouyn de Lhuys, entonces ministro de negocios extranjeros, contestó que si Napoleón había tomado aquel título, era sólo por respeto hacia la memoria del hijo de Napoleón; esta declaración fué considerada suficiente.

Austria y Prusia habían querido primeramente concertarse con el emperador de Rusia; pero se anticiparon á éste en el envío de su adhesión. El czar reconoció como las demás potencias el imperio francés; sin embargo, hizo algunas reservas contra el principio de la soberanía nacional, en que se apoyaba el nuevo imperio.

Establecido ya su poder, Napoleón pensó en perpetuarlo, y el 16 de enero de 1853 convocó en las Tullerías á los grandes cuerpos del Estado para anunciarles

su casamiento con una joven española, Eugenia de Montijo, condesa de Teba. En la proclama que acompañaba al anuncio oficial de este enlace, el emperador daba cuenta de este modo de las razones que lo habían impulsado á casarse con una persona que no pertenecía á ninguna familia soberana. « Cuando se es elevado frente á la antigua Europa, decía, por fuerza de un nuevo principio, á la altura de las dinastías seculares, no se hace uno aceptar en la familia de los reyes dando sabor añejo á los propios blasones; esto se logra más bien recordando siempre la cuna, y conservando el propio carácter y tomando francamente respecto de Europa la posición del advenedizo, título glorioso cuando se ha llegado á la posición que se ocupa por el libre sufragio de un gran pueblo. »

El matrimonio civil se efectuó en las Tullerías el 29 de Enero, y la ceremonia religiosa se verificó con gran pompa al día siguiente en la catedral de París.

#### § II. — Guerra de Crimea.

Rusia había aprovechado desde 1830 todos los sucesos para engrandecerse, y fortalecer su poder. Dicha nación empleó cuantos medios tuvo para destruir los sentimientos nacionales de Polonia; además, aquel país logró gran influencia en Alemania, gracias á varios enlaces de familia. La revolución de 1848 tuvo extraordinario eco en los restantes Estados de Europa. Al contemplar las conmociones sociales que, á juicio suyo se debían al liberalismo, el czar se alegraba de haber seguido la política de compresión que tenía adoptada desde hacía años. Y cuando hubo ayudado al Austria á alzar de nuevo la frente, trató de completar la obra que había preparado con los tratados de Andrinópolis (1829) y de Unkiar-Skelessi (1835), apoderándose al fin de Constantinopla.

En 9 de enero de 1853 habló del particular en una conversación confidencial con el embajador inglés, Sir Hamilton Seymour. « Los asuntos de Turquía, di-

jo, se encuentran completamente desorganizados; el país amenaza ruina; su caída sería una desgracia extraordinaria: importa mucho que Inglaterra y Rusia lleguen á un acuerdo perfecto, y que ninguna de nuestras potencias dé ningún paso sin contar con la cooperación de la otra. » El czar ofrecía á Inglaterra la posesión de Egipto y de la isla de Candía.

Si bien Inglaterra había consentido en unirse con Rusia contra Francia en 1840, no podía dejar realizarse los vastos planes del czar sin dar golpe mortal á su propio poder. Es verdad que en sus conversaciones con Hamilton el emperador Nicolás había hecho protestas de desinterés respecto de la posesión de Constantinopla; pero era evidente que en el reparto que se proponía efectuar se reservaba la capital del Imperio Otomano. Y una vez dueño de Constantinopla, el comercio del Mediterráneo se hallaba en su poder, convirtiéndose Rusia en una potencia de primer orden, con lo cual le era fácil enviar á la India 200.000 hombres, arrebatando á los ingleses su imperio colonial.

Lord Aberdeen, que fué llamado en diciembre de 1852 á suceder á lord Derby en la dirección de los asuntos de Gran Bretaña, evitó cuidadosamente caer en el lazo. Así fué que, en vez de unirse con Rusia procuró entenderse con Francia, que también estaba muy interesada en sostener al débil contra el fuerte, y en conservar el equilibrio europeo, que la ruina de Turquía había comprometido infaliblemente.

**La cuestión de los santos lugares.** — El pretexto de la guerra fué la cuestión de los santos lugares. Dase este nombre á las iglesias construídas en Nazareth, Belén, Sichem, Cana, Tiberiades, Jerusalén y Getsemaní, esto es, en los puntos donde se realizaron los principales acontecimientos de la vida de N. S. Jesucristo.

Con arreglo á un tratado firmado por Luis XV y el sultán Mahomed I en 1740, los religiosos latinos que residían dentro y en los alrededores de Jerusalén, así

como en la iglesia del santo sepulcro, debían ser perennemente poseedores de los lugares de peregrinación. Los griegos les disputaron continuamente estos santuarios, de tal modo que, de concesión en concesión, habían acabado los latinos por verse, en 1850, expulsados de todas sus iglesias, entre otras de la grande de Belén, y de la de la tumba de la virgen en Getsemani.

Los padres de la Tierra Santa se quejaron á Francia, que los había protegido siempre, y entonces Napoleón rogó al sultán Abdul Medjid que tomara en consideración los derechos de aquellos monjes, haciéndolos respetar. Además, se nombró una comisión compuesta de franceses y griegos para examinar sus reclamaciones. Rusia, que no había sido consultada, suscitó mil dificultades; una carta autógrafa del emperador Nicolás, dirigida á la comisión, le mandaba disolverse.

El czar veía con disgusto que disminuía su influjo sobre los griegos, desde que en Turquía aumentaba el espíritu de tolerancia. Fiel á su principio protector, reclamó un derecho de intervención en la administración religiosa de los griegos de Oriente, lo cual equivalía á extender su dominación sobre doce millones de turcos. Al mismo tiempo, el príncipe Mentschikoff, después de pasar en revista la escuadra rusa en Sebastopol, salió para Constantinopla, á fin de sostener las pretensiones del czar. Sus relaciones con Yuad-Effendi, ministro de negocios extranjeros del sultán, fueron sumamente altaneras.

Mientras la discusión se había mantenido en los límites de los intereses religiosos, la protestante Inglaterra no se había ocupado del caso, pero así que la ambición rusa se mostró, aquella potencia se alarmó. La Puerta, sostenida por Francia é Inglaterra tomó actitud resuelta, y como se negara á retirar á los latinos las concesiones que les había hecho, el czar dió á su ejército orden de pasar el Pruth y de ocupar las provincias danubianas (3 julio 1853). El gobierno

otomano no consideró esta ocupación como una declaración de guerra; pero Inglaterra no abrigó después de esto la menor duda sobre las intenciones de Rusia, y uniendo su escuadra á la francesa, ambas fueron á fondear en la bahía de Besika, en la costa de Asia, cerca de los Dardanelos, y á 36 horas de navegación de Constantinopla. Las negociaciones continuaron sin embargo.

El 30 de noviembre, una escuadra rusa destruyó una flotilla otomana, que se creía completamente segura en el puerto de Sinope. Después de un acto de hostilidad semejante, el sultán invitó á las escuadras combinadas de Francia y de Inglaterra á entrar en el mar Negro. El emperador Napoleón III quiso intentar por última vez la conciliación, y escribió al czar una carta autógrafa (29 enero 1854). La respuesta fué altanera, y á partir de entonces, no hubo manera de evitar la guerra.

Francia é Inglaterra firmaron un tratado de alianza ofensiva y defensiva, y ordenaron á los rusos que evacuasen los principados danubianos. Aquellas potencias habían hecho antes con Turquía un tratado por el cual ésta se comprometía á concederles su apoyo. También trataron de atraerse el Austria y Prusia, que se unieron entre sí por desconfianza hacia Rusia; pero que permanecieron neutrales en la lucha.

**Toma de Bomarsund** (16 agosto 1854). **Expedición al Báltico.** — Los primeros cañonazos fueron disparados contra Odessa por el almirante inglés Dundas y el francés Hamelín. La ciudad fué respetada; pero incendiada la escuadra rusa fondeada en el puerto (22 abril). En Inglaterra se concibieron las mayores esperanzas en la expedición al Báltico, cuyo mando se dió al almirante Napier, célebre por sus victorias en Portugal sosteniendo á D. Miguel y por el bombardeo de Sidón, de Beyruth y de San Juan de Acre en 1840. Este marino se había jactado de tomar á Cronstadt en menos de un mes, y su incontestable mérito inspiraba la mayor

confianza al almirantazgo inglés. Pero al hallarse delante de aquella plaza, la declaró inexpugnable, así como á Sweaborg y Helsingsford, á menos de tener á su disposición una escuadrilla de bombardas. La escuadra francesa se había unido con la inglesa en 12 de junio, y juntas bloquearon la escuadra rusa. Ésta no quiso trabar una acción general. Los aliados se volvieron entonces contra las islas de Aland y bombardearon la fortaleza de Bomarsund, que fué tomada por un cuerpo de tropas francesas mandadas por el general Baraguey d'Hilliers.

Esta fortaleza era un establecimiento muy importante, desde el cual dominaban los rusos el Báltico y amenazaban las costas de Suecia; pero no era Cronstadt.

El invierno obligó á las escuadras aliadas á salir del Báltico. Sir Napier quedó tanto más descontento por este fracaso cuanto que había hecho brillantes promesas. Los golpes decisivos debían darse en la extremidad meridional de Rusia.

**Guerra de Crimea. Batalla del Alma** (20 septiembre 1854). — Los turcos se distinguieron á principios de la campaña con la hermosa defensa de Silistria, de que habían querido apoderarse los rusos (abril-junio). No habiendo podido lograrlo, abandonaron la orilla derecha del Danubio, para retirarse á su propio país, y los austriacos penetraron en Valaquia, de acuerdo con Turquía.

El ejército anglo-francés, á las órdenes del mariscal Saint Arnaud y de lord Raglán, había desembarcado en Gallípoli, dirigiéndose desde allí sobre Varna, desde donde debía vigilar las operaciones de los rusos sobre el Danubio. Los aliados se mantuvieron durante algún tiempo en inacción que les fué funesta. El cólera los decimaba cada día y el soldado suspiraba por poder morir al menos en el campo de batalla.

Los rusos habían vuelto á pasar sus fronteras. Los tres ejércitos de Turquía, Francia é Inglaterra se embarcaron de nuevo para dirigirse á atacar en Crimea el

famoso puerto de Sebastopol. Éste era el gran arsenal de Rusia, y su principal establecimiento marítimo, desde el cual podían lanzarse á toda hora sobre Constantinopla sus escuadras.

Los ejércitos aliados desembarcaron en Eupatoria, punto de Crimea, el 14 de septiembre. Contaban 67.000 combatientes, de ellos 7.000 turcos, 33.000 franceses y 27.000 ingleses. Los rusos estaban atrincherados detrás del río del Alma, á las órdenes del príncipe de Mentschikoff. Su posición era formidable, y el general había escrito al czar que con sus 40.000 hombres podía resistir, seguro de la victoria, á 200.000. Pero el 20 de septiembre se trabó la acción. El general Bosquet, jefe del flanco derecho, tenía órdenes de envolver al enemigo sobre su izquierda, mientras los ingleses lo atacaban por la otra parte. Este movimiento salió muy bien por parte de los franceses, gracias á la agilidad de los zuavos; pero los ingleses, que avanzaron con mayor lentitud, sufrieron grandes pérdidas, si bien opusieron á las balas, á la metralla y á los obuses inquebrantable valor. Al caer el día, los rusos habían sido desalojados de todas sus posiciones. La batalla estaba ganada, y los resultados de esta primera victoria habrían sido inmensos, de no haberse empantanado en las lagunas del Alma la caballería inglesa.

El mariscal Saint Arnaud escribió á Napoleón un magnífico informe sobre la victoria que acababa de obtener. Este brillante hecho de armas debía ser la coronación de su carrera. Este jefe, no obstante su estado de salud, permaneció doce horas á caballo el día de este encuentro. Así fué que cayó rendido, teniendo que embarcarse para Francia, á donde no pudo llegar, muriendo en el mar á los dos días de viaje. El mando en jefe se entregó entonces al mariscal Canrobert.

**Sitio de Sebastopol. Batalla de Inkermann**

(5 nov. 1854). — Después de esta victoria, los aliados se apoderaron del puerto de Balaklava, que les era necesario para recibir provisiones para las tropas. Después

se adelantaron hasta los baluartes de Sebastopol; pero Canrobert y Raglán reconocieron la imposibilidad de apoderarse de esta plaza por un golpe de mano. Fué preciso ponerle sitio y la plaza presentaba el aspecto de un inmenso campo atrincherado que no hubiera sido posible investir sino con fuerzas cuatro veces mayores que las de los aliados. En cuanto á las municiones de boca y guerra, no podían faltarle, puesto que tenía libres sus comunicaciones con el interior de Rusia. De modo que era fácil prever las dificultades que habría que vencer, sobre todo dando principio el sitio al acercarse el invierno.

Sin embargo, nada desanimó á Canrobert y á lord Raglán, que sabían lo que valía su ejército. Los trabajos de circunvalación empezaron el 5 de octubre, bajo la dirección del general de ingenieros Bizot. La zapa se abrió del 9 al 10 en extensión de más de un kilómetro. El 17 se intentó el bombardeo de la plaza con 126 bocas de fuego. El fracaso de esta tentativa no sirvió más que para demostrar á los aliados la insuficiencia de sus medios de acción frente á tan poderoso enemigo. Los rusos, que querían concentrar todos sus esfuerzos dentro de Sebastopol, no vacilaron en echar á pique su escuadra á la entrada del puerto para cerrar la entrada del mismo; y á sus marinos los convirtieron en soldados, encargándolos de servir los 250 cañones que erizaban sus baluartes.

El 25, el general Liprandi salió precipitadamente por el valle de Kadikoi, al frente de refuerzos enviados á los rusos, y atacó á seiscientos tunecinos encargados de guardar las alturas de Balaklava. Como esta pequeña tropa no se atreviera á resistir fuerzas tan considerables, el 90º de montañeses de Escocia sostuvo el choque de los rusos con la brigada del general Scarlett. Jamás hubo carga de caballería más brillante; así fué que excitó el entusiasmo de los ingleses y de los franceses que asistían á este espectáculo desde las alturas donde estaban atrincherados.

Este combate no fué más que el preludio de la gran batalla de Inkermann. Mentschikoff y Liprandi que se vieron al frente de considerables refuerzos y de inmensas reservas, resolvieron copar y destruir el ala derecha de los ingleses, mientras la guarnición efectuaba una salida para atacar de frente al ejército francés.

La ejecución de este plan fué favorecida por una densa bruma que se formó aquella mañana. Los ingleses no vieron las columnas rusas que avanzaban contra ellos, hasta que de pronto ayeron silbar á su alrededor las balas y la metralla. Los puestos más avanzados murieron todos en su puesto, lo cual dió tiempo al resto del ejército para formarse en batalla. El duque de Cambridge fué el primero en presentarse, siguiéndolo lord Cathcart y el general Browne; en un instante se hallaron combatiendo 7.000 hombres.

Aunque los rodeaban fuerzas seis veces superiores á las suyas, los ingleses se reunieron y formaron con orden perfecto el cuadro, sosteniendo de este modo el choque de los rusos con inquebrantable energía. Sin embargo, cada vez los apretaban más de cerca, y pronto vieron caer á sus principales jefes, primero lord Cathcart, luego el duque de Cambridge, y al fin el general Browne en persona. Por todas partes no veían más que un inmenso círculo de hierro y fuego que los más heroicos esfuerzos no podían romper. Para ellos no quedaba ya más alternativa que la de morir ó rendirse, cuando se dejó oír inmenso clamoreo. Era la cabeza de la columna del general Bosquet que llegaba á paso de carga gritando ¡Animo, ingleses! ¡ Viva el emperador!

Los ingleses contestaron con un inmenso ¡hurra! recobrando la esperanza que habían perdido. Los franceses se formaron en línea bajo el fuego del enemigo. « No tirad, les dijo su general, pues mataríais á nuestros aliados: ¡ Á la bayoneta! » Al oír estas palabras, cayeron como un huracán sobre los rusos, que no pudieron resistir aquella formidable avalancha, y que tu-